

CAPITULO XXVII

El combate del central «San José».—El comandante señor García Delgado.—Batida y dispersión de las partidas insurrectas.—Muerte del cabecilla Rafael Cazallas.—Su identificación y conducción á Placetas.—Acta de identificación.—Presentación de rebeldes.—Soldados heridos.—Crítica situación de la columna.—Jefe y oficiales que la mandaban.—Disgregación de la partida de Cazallas.—Ataque y heroica defensa del ingenio «Tranquilidad».—El teniente don Dionisio Riancho.—Lucha desesperada.—Las bajas del enemigo.—Nuestros muertos y heridos.—Brillante fiesta en Manzanillo, en honor y obsequio de los héroes del ingenio «Tranquilidad».—Discurso del Alcalde.—Misa de campaña.—Desfile.—Visita á los heridos y al hospital de Caridad.—Banquete en el Casino Español.—Brindis.



El día 23 de Junio, tuvo conocimiento el comandante García Delgado, por una pareja de la guardia civil, de que numerosas fuerzas enemigas se hallaban acampadas en el central San José.

Inmediatamente se dispuso á salir á atacarlas, con dos compañías á sus órdenes, en combinación con la guerrilla montada que se encontraba en la plaza y se componía de setenta á ochenta caballos.

Esta fuerza, salió con la anticipación necesaria para llegar al chucho del central San José, al propio tiempo que la infantería, la cual tomó el tren de vía estrecha y llegó á las tres de la tarde próximamente al chucho de la mencionada finca entablando acto seguido combate con los insurrectos.

El central San José es uno de los ingenios ó fincas azucareras más importantes de la jurisdicción de Santa Clara y se halla situado en la línea férrea de San Juan de Remedios á Placetas.

En su *batey* se hallaban acampados los insurrectos, desde algunas horas antes de ser sorprendidos por nuestras tropas, habiéndose reunido allí todas las partidas que merodeaban por la jurisdicción y que en junto ascendían á unos mil doscientos ó mil trescientos hombres, de los cuales una gran parte carecían de armas.

A las tres de la tarde llegaban al apeadero del central San José, las dos compañías del batallón de Isabel la Católica al mando del comandante señor García Delgado, que desde Placetas habían salido en busca del enemigo.

Al llegar el tren al apeadero del central y parar para bajar la fuerza que conducía y había visto ya al enemigo, éste hizo fuego contra ella, contestando en el acto la columna con varias descargas tan ciertas, que se vieron caer sobre el campo enemigo numerosos heridos y muertos.

Los insurrectos emprendieron precipitada fuga, en completo dispersión hácia Vista Hermosa y San Andrés.

El bizarro jefe de la columna dispuso continuasen en el tren trece heridos de nuestras tropas y dos muertos que resultaron al descender del tren, y continuó el combate y emprendió la persecución del enemigo.

Las partidas insurrectas eran las mandadas por los cabecillas Rafael Cazallas y Justo Sanchez, y sus fuerzas se hicieron ascender á seis cientos ó setecientos hombres.

* * *

El general Luque, al enterarse del suceso, se trasladó desde Santa Clara á Camajuaní, á donde llegó á las once y media de la noche, siguiendo desde allí á San Andrés.

El escuadrón de caballería de Loma Cruz, mandado por el teniente coronel de voluntarios señor Garí, se unió á la columna de Isabel la Católica en los momentos de ser ésta atacada por los insurrectos.

En dicho combate murió el jefe de la partida insurrecta levantada en Vueltas, Rafael Cazallas, cuyo cadaver fué enterrado por los suyos en las lomas de San Andrés, distante dos leguas del lugar de la acción.

La muerte de ese cabecilla fué de gran significación para la causa separatista por las simpatías que disfrutaba y el prestigio que entre los suyos tenía por su valor y condiciones personales.

Noticioso el comandante militar de Placetas de la muerte del cabecilla Cazallas y sabedor por confidencias que tuvo de que al cadaver se le había dado sepultura en un lugar no distante de aquella población, salió la mañana del día 23, acompañado de las autoridades civiles, de varios jefes y oficiales del escuadrón de voluntarios de Camajuaní, médicos municipales, y escolta guardia civil y voluntarios, en dirección al sitio en que tuvo lugar el encuentro.

Una vez en el central siguieron el rastro del enemigo, y en las lomas llamadas Bella Unión, cerca de una cañada, encontraron una sepultura recientemente hecha, y en ella casi á flor de tierra, un cadaver que resultó ser el del susodicho cabecilla.

Reconocido é identificado por algunas de las personas presentes, dispuso, sin embargo, el referido comandante de armas, su traslación á Placetas, con el fin de que la identificación revistiera mayor solemnidad, tratándose de un jefe separatista muy conocido en aquella comarca y de relativa importancia y significación entre los insurrectos.

Así se hizo, regresando todos á Placetas, acompañando y custodiando el cadaver del jefe insurrecto.



Al llegar el fúnebre convoy á Placetas, el señor comandante militar ordenó que se depositase y expusiera el cadaver en el cementerio de la villa y se formase el oportuno expediente para que, con las formalidades debidas, se hi-
 ciere constar por escrito el suceso y se procediera á levantar el acta correspondiente.

Un número considerable de vecinos acudió á ver el cadaver, en el cual reconocieron todos al que en vida habiase llamado don Rafael Cazallas.

Confirmada la identificación por el testimonio del público, procedióse á levantar la oportuna acta, en los términos que se consignan en el siguiente do-

cumento que, en su día, nos remitió nuestro activo corresponsal en la Habana, asegurando ser copia íntegra y fiel del acta de referencia.

«Acta de identificación.—En la villa de Placetas á veinte y tres de Junio de mil ochocientos noventa y cinco.

Ante el señor comandante de armas y Secretario nombrado, com-



CABECILLA DURAN

parecieron don Domingo Perez Avalo, don Leandro Castañón y Diaz, don Francisco Casanova y García y don José Rosas Rodriguez, todos vecinos de este término y propietarios, á los que se les recibió juramento en debida forma, y dijeron: Que el cadaver que se les ha puesto de manifiesto pertenece al que en vida se llamó don Rafael Cazallas, persona á quien conocían desde hace muchos años.

Y respondiendo de haber dicho la verdad por su juramento, se les leyó íntegra la presente acta, y hallándose conformes con lo en ella consignado, firman después del señor comandante, por ante mi, de que certifico.—Siguen las firmas.»

Al cadaver se le dió sepultura ante los testigos don Domingo Perez, don Francisco Sanchez, don José Flores Pedrosa, don José Roche, don Justo Ledesma y don Hilario Candela.

* * *

Con la muerte del cabecilla Cazallas y la activa persecución de que fué objeto su partida, después del combate librado en San José, fueron muchas las presentaciones de insurrectos, llegando á más de veinte las efectuadas en un solo día en San Juan de Remedios, Placetas, Vueltas, Camajuaní y Zulueta.

Los soldados heridos y trasladados á Remedios, en cuya enfermería reglamentaria fueron perfectamente asistidos por el doctor Sariñena, facultativo de reconocida pericia, se llamaban:

Soldados.—Fermín Iglesias Illón, Rufino Azañón Rodriguez, José Garmendia Allerde, Juan Mackón Orbi, Antonio Clariment Galindo, Fermín Abad, Ricardo Collaso Moreno, José Zabala, Ignacio N... y Isaac Bermudez Cortés.

También fué herido gravemente y hecho prisionero, un insurrecto

apellidado Gallo, el cual fué conducido igualmente á dicho hospital militar y asistido y curado como nuestros soldados.

Al llegar el tren que conducía los heridos á la estación de Remedios, varios vecinos condujeron en hombros los catres en que iban aquellos colocados y los llevaron desde la estación de Hernando al Hospital militar.

Otros fueron llevados en coches, que pagó el M. I. Ayuntamiento.

Los médicos y farmacéuticos de Zulueta, no obstante ser civiles y no tener nada que ver con lo militar, se portaron admirablemente y demostraron caballeridad y filantropía.

Las sensibles bajas causadas á la columna, se atribuyeron en su mayor parte, á haberse aproximado el tren que conducía la tropa hasta el mismo sitio en que se hallaba la fuerza enemiga parapetada tras unos bohíos, desde donde pudo hacer á mansalva un nutrido fuego á la columna al bajar del tren.

Otra versión, completamente distinta, atribuyó dichas bajas á lo pantanoso del terreno, que imposibilitaba la rapidez en los movimientos y la brevedad en realizar las operaciones, allí donde el fango llegaba á media pierna de los soldados.

A la pericia y serenidad del comandante señor García Delgado, debióse el no sufrir la columna mayores bajas.

Su oportunidad en mandar formar pequeños cuadros al saltar del tren, á fin de resistir el empuje de la caballería enemiga, que los soldados resistieron victoriosamente, evitó que aquella penetrara entre los nuestros y causara mayor número de bajas, y dió lugar al propio tiempo á que llegase el refuerzo de los ochenta hombres de la guerrilla montada que en combinación con las dos compañías habia salido de Placetas.

Debido á la oportuna llegada de este refuerzo, que inmediatamente cargó contra los rebeldes, ó quizás á la muerte de su jefe, el enemigo,

cuyas fuerzas se hicieron ascender á más de setecientos hombres, se declaró desde luego en completa dispersión, fraccionándose en pequeños grupos y huyendo hácia las lomas de Bella Unión.

* * *

Según nuestros informes fué por demás crítica la situación del comandante señor Delgado al detenerse el tren en el centro de la fuerza enemiga.

Esta, recibió á la columna con descargas mortíferas para la tropa, á causa de estar hacinada en vagonetas descubiertas; pero causó admiración á quienes lo presenciaban, el arrojó de aquellos bravos soldados que, bajo el fuego de la caballería enemiga cinco veces superior en número, en un instante se arrojaron de las vagonetas, y en pelotones acometieron al enemigo con denuedo tal, que á los quince minutos los insurrectos abandonaron el campo dejando dos muertos y un herido, y catorce caballos.

Las dos compañías de Isabel la Católica formaban un total de doscientas sesenta y tres plazas y estaban mandadas por los siguientes jefe y oficiales:

Comandante, señor García Delgado.

Capitán, don José Gimenez.

Primeros tenientes, señores Pallardo, Cano, García y Martín.

Segundo teniente, señor Ventura.

Los insurrectos en su huída cortaron las líneas telegráficas y telefónica y destruyeron una alcantarilla del ferrocarril en San Andrés.

Se supuso que su propósito al reunirse en el Central de San José fué atacar el poblado de Zulueta, lo cual impidió la oportuna batida de la columna del bizarro comandante señor Delgado.

Tres fueron las partidas que se reunieron en San José; la de Castillo, la de Cazallas y la del pardo Periquito Diaz.

Llegaron á la una de la tarde al central y estuvieron hasta las tres, llevándose caballos, armas y monturas.

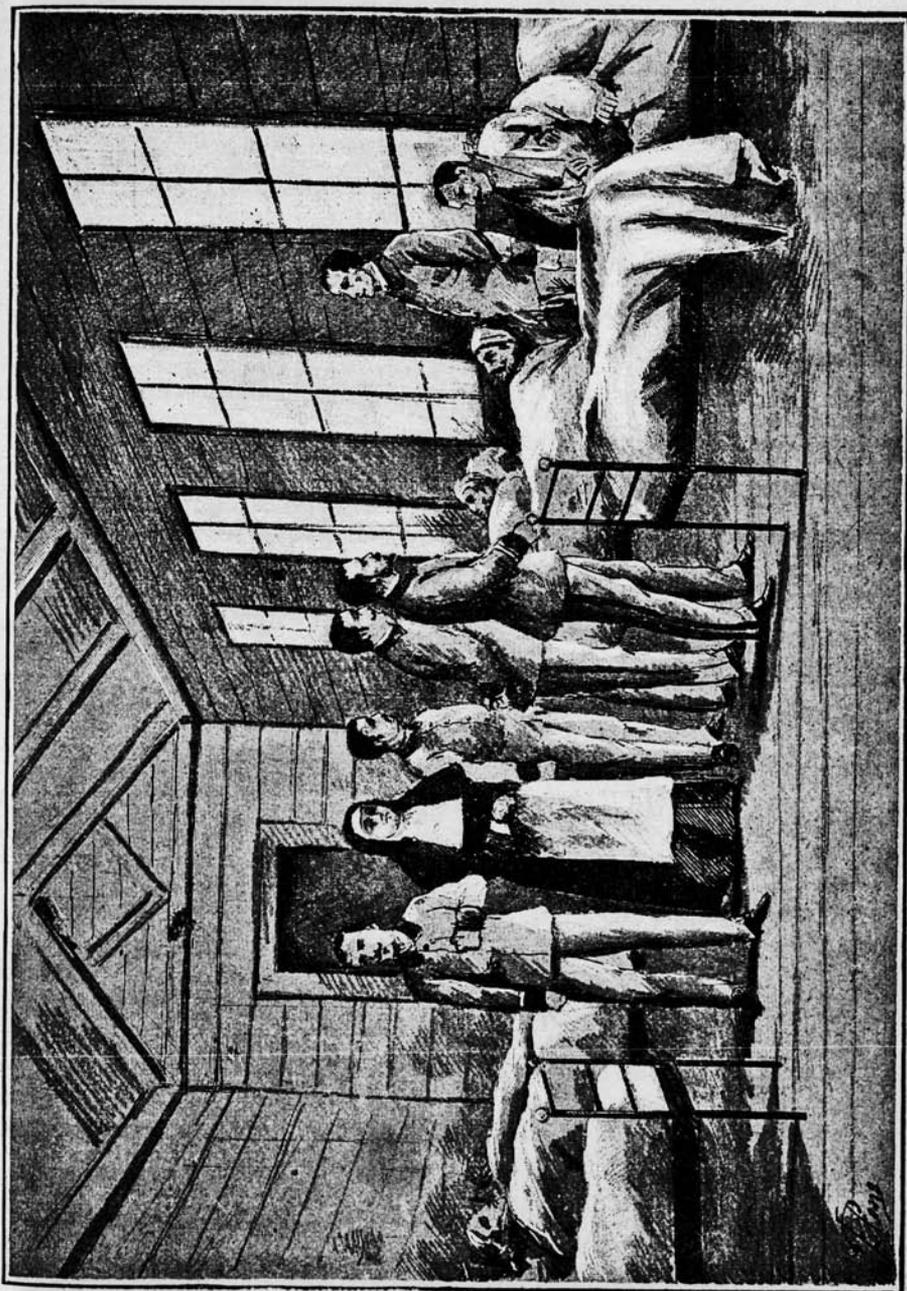
Después de la acción y de la batida llevada á cabo por la columna del señor Delgado, éste regresó al ingenio donde pernoctó.



FIESTA EN MANZANILLO EN HONOR Á LOS HÉROES DEL INGENIO
«TRANQUILIDAD»

A consecuencia de tan brillante hecho de armas, fueron muchas las presentaciones de rebeldes, y el espíritu público se levantó y sacudió el medro de que estaba poseído.

Más tarde se supo por un vecino de Jagüey que los insurrectos de dicha partida enterraron varios muertos que conducian en la retirada de San José, en el potrero Alcantarilla, y por un presentado al comandante de armas de Camajuaní, que aquella se hallaba dividida y por completo desmoralizada.



VISITA A LOS HERIDOS EN EL HOSPITAL DE CARIDAD DE MANZANILLO



Digno de ser narrado también con todos sus detalles, fué el brillante hecho de armas llevado á cabo por el primer teniente del batallón de Isabel la Católica, don Dionisio Riancho Obregón en la mañana del 4 de Junio.

Nos referimos al ataque por la partida insurrecta que mandaba el cabacilla Amador Guerra, del ingenio «Tranquilidad» y heroica defensa del destacamento que lo custodiaba compuesto de veinticinco soldados y un sargento al mando del referido teniente señor Riancho.

Casi á las puertas de Manzanillo, esto es, á tres cuartos de legua escasos, se halla situado el ingenio central de la viuda del señor don Roque Roig, titulado «Tranquilidad».

A unos cuarenta metros del ingenio había una casa de madera, destinada á guarecer al destacamento, á cuyo alrededor estaban construyendo una trinchera ó empalizada de postes, los soldados que componían aquél.

Donde se levantaba la trinchera, que no estaba aún terminada, había un camino que conducía al cercano poblado del Congo.

Serían las cinco de la mañana, cuando el soldado que estaba de centinela en la empalizada, vió aparecer en el camino una carreta tapada por su exterior con hojas de plátano y yaguas, figurando llevar viandas.

Dentro de la carreta iban escondidos unos veinte hombres que formaban la vanguardia de la partida, á más del carretero y narigone-ro que guiaban la yunta.

Cuando el pesado vehículo llegó á pocos pasos de la trinchera y

frente á la puerta de la misma, que coincidía con la de la casa, se atascó en el lodazal del camino.

* * *

Ante ese imprevisto accidente, los que iban ocultos dentro de la carreta, saltaron precipitadamente al camino é hicieron fuego sobre el centinela, lanzándose á la vez á las aspilleras y acometiendo con gran brío la puerta de entrada.

El centinela disparó su fusil y dió la voz de alarma.

Al instante salió el sargento en unión de dos soldados á inquirir lo que ocurría, siendo recibidos por el enemigo con una descarga cerrada que les causó la muerte inmediata.

Los *mambises* se habían pegado á la empalizada, y metiendo unos los cañones de sus rifles por entre las aberturas de los troncos y subidos otros en lo alto de los postes, pudieron disparar á boca de jarro contra aquellos tres valientes cuánto desgraciados defensores de la honra nacional.

Apercibida la demás fuerza del destacamento que se hallaba en la casa, acudió á la defensa de la trinchera, trabándose el combate cuerpo á cuerpo y rompiendo el fuego á quema ropa.

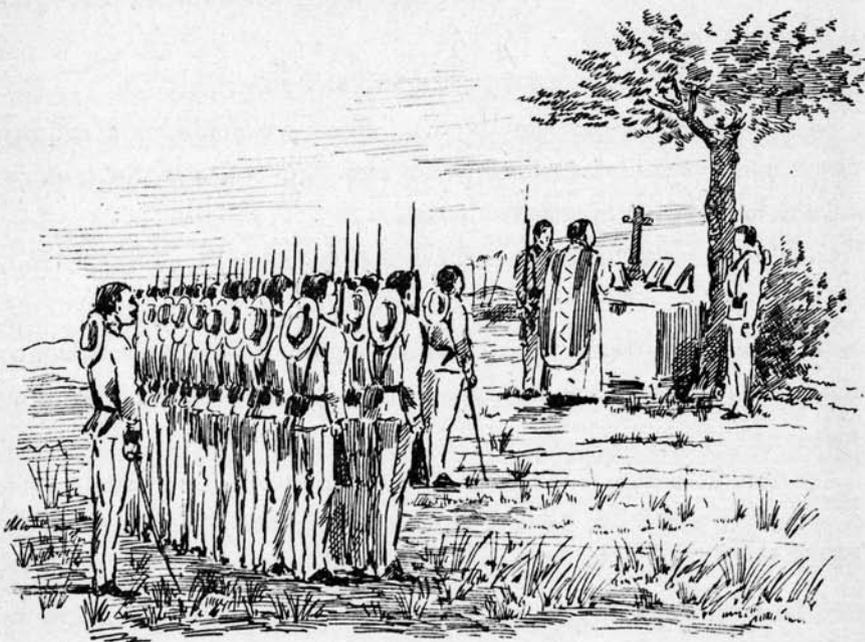
El teniente-jefe del destacamento, con una serenidad y un aplomo admirables, sin tener en cuenta el considerable número de enemigos que por doquier le rodeaban,—en aquel momento se había reunido ya á la vanguardia todo el grueso de la partida, que se dijo se componía de más de 150 hombres,—y sin dar oídos á las repetidas intimaciones que se le dirigían para que se rindiera, diciéndole que estaba irremisiblemente perdido y que morirían el y todos los suyos, animaba á sus soldados y se multiplicaba de una manera pasmosa, desafiando á la muer-

te, que por todas partes le amenazaba y dando admirable ejemplo de valor y serenidad, pronto á todo y atento siempre á sustituir al desventurado que caía bajo el plomo enemigo, con otro valiente que vengara la muerte de su compañero de armas.

La lucha, desde sus principios fué ruda y terrible.

El combate duró una hora.

Al fin el enemigo, al ver las considerables bajas que se le hacían



MISA DE CAMPAÑA EN SUFRAGIO DE LOS HÉROES MUERTOS EN EL INGENIO
«TRANQUILIDAD»

y comprendiendo lo imposible que iba á serle conseguir lo que en un principio juzgara tan fácil,—sin tener en cuenta que se trataba de soldados españoles, de soldados que jamás se rinden y son leones en la

pelea,—empezó á desmayar y á recoger sus heridos, no sin seguir atacando, hasta que se retiró, dejando cuatro muertos al pié de la empalizada.

* * *

Tan pronto tuvo conocimiento el comandante militar de Manzanillo de la presencia del enemigo en la central «Tranquilidad» ordenó que saliera en auxilio del destacamento que lo custodiaba la guerrilla de Isabel la Católica, al mando de su comandante señor García; pero cuando llegó esta fuerza al ingenio ya el enemigo se había retirado.

Sin embargo, en el reconocimiento que practicó por aquellas inmediaciones recogió un herido que dejaron en un cañaveral y logró hacer tres prisioneros que habían perdido sus cabalgaduras.

Según éstos manifestaron, los insurrectos llevaban diez y siete heridos, en su mayoría de gravedad suma, figurando entre ellos el segundo de la partida, que era un mulato llamado Ferrales, que tenía fama de muy valiente y atrevido.

Posteriormente se dió como segura su muerte y que los heridos ascendían á veinte y tres, todos pertenecientes á la escolta del cabecilla Amador Guerra, escogida por éste entre los más valientes y atrevidos de su partida.

Los cuatro cadáveres que los insurrectos dejaron sobre el campo de la acción, fueron recogidos y llevados al Hospital civil de Manzanillo, donde se expusieron al público para su identificación y fueron enterrados después en el cementerio de la ciudad.

Los muertos resultaron ser:

José Varona, barbero establecido en Campechuela.

Antonio María Millanés, vecino de Punto Nuevo.
Pedro Marín, zapatero y vecino de Campechuela.
Alberto Fonseca, (a) *El herrero*, de Manzanillo.

* * *

La treta ó engaño con que pretendieron los *mambises* sorprender al destacamento que custodiaba el ingenio «Tranquilidad» y penetrar en éste, no dejó de ser ingeniosa y astuta, y á no haber tropezado con el valor y la serenidad del teniente señor Riancho, el éxito de su arriesgada empresa hubiera sido completo, logrando apoderarse de veinte y seis armamentos y muchas municiones y de un fuerte situado á las mismas puertas de Manzanillo.

Esto los hubiera alentado y dado nuevos bríos, además de proporcionarles el abastecimiento de víveres en la tienda del ingenio, que estaba muy bien surtido, y que era lo que ellos pretendían y se habían propuesto principalmente.

Gracias al accidente de haberse atascado la carreta, y al denuedo y valor de un puñado de valientes, no pudieron lograr su intento, dando ocasión una vez más á que nuestros soldados demostrasen su heroísmo y castigaran su osadía.

La causa de que la carreta llegara tan cerca de la empalizada, sin que el centinela que en ésta había le diera la voz de ¡alto!, fué debida á la espesísima neblina que cubría el horizonte y que no permitió á aquél verla de lejos.

Las bajas que sufrió el destacamento consistieron en cuatro muertos y cinco heridos.

Muertos: el sargento Manuel Oñate, y los soldados Jaime Quineillas, Tomás Cuervo y Bernardo Fernandez.

El desgraciado Quinellas falleció al ser conducido á Manzanillo.

Heridos: Mauricio Andreu, Ignacio Cubillas, Juan Sanchez, Tomás Ruiz y otro que no pudo dar su nombre por tener destrozada la boca por un balazo.

Unos y otros fueron conducidos el mismo día á Manzanillo, en cuyo cementerio, se dió cristiana sepultura, á la mañana siguiente, á los cuatro primeros.

* * *

El domingo siguiente, día 9 de Junio, tuvo lugar la brillante fiesta que por iniciativa del Casino Español, Jefes y oficiales de voluntarios y otros valiosos elementos de Manzanillo, se celebró en honor y obsequio de los héroes del ingenio «Tranquilidad».

El programa anunciado se cumplió en todas sus partes, en medio del mayor regocijo y entusiasmo de todo el pueblo.

A las cinco de la mañana, la banda de cornetas del batallón de voluntarios tocó llamada, y salió á recorrer las calles tocando diana y poniendo la ciudad en movimiento.

El batallón, entre tanto, empezó á reunirse en el cuartel, y á las seis en correcta formación y á los acordes de la música, emprendió la marcha hácia el lugar donde tuvo efecto la acción heroica, distante como ya hemos dicho, tres cuartos de legua de la ciudad, en busca de los héroes en cuyo honor iba á celebrarse la fiesta.

A vanguardia del batallón, abria la marcha el relevo del heroico destacamento del central «Tranquilidad».

Llegados al ingenio, confundieronse voluntarios y soldados en apretado abrazo, en medio de atronadores vítores y entusiastas vivas á España y á Cuba española, y después de efectuado el relevo, regresó

el batallón á la ciudad, llevando también á vanguardia al bizarro teniente señor Riancho y sus catorce heróicos soldados. Tres de éstos quedaron enfermos en la casa.

A la entrada de la población esperaban á los héroes las autoridades militares y civiles y un inmenso gentío, con la música del batallón de cazadores de Colón.

A su llegada se hizo un corto descanso y se vitoreó al bizarro ofi-



INCENDIO DEL POBLADO DE CUEVITAS

cial señor Riancho y á sus bravos soldados, á España, á Cuba, al Rey y al batallón de voluntarios.

El Alcalde de Manzanillo, pronunció un breve y sentido discurso, ensalzando la brillante acción del central «Tranquilidad» y elogiando el heróico comportamiento de sus defensores.

Con espíritu noble y levantado terminó su oración la primera autoridad popular de Manzanillo, haciendo fervientes votos por la pronta

consecución de la paz y protestando de una guerra entre hermanos, en cuyos pechos no debiera albergarse sino amor y cariño.

El popular alcalde, tan querido y respetado por el pueblo todo de Manzanillo, fué objeto de una gran ovación.

Su patriótico discurso fué acogido con atronadores aplausos y entusiásticos gritos de ¡viva nuestro alcalde! por la numerosa concurrencia que lo escuchó.

* * *

En cumplimiento del tercer número del programa, batieron marcha la banda y las músicas, y el batallón dirigióse con la numerosa comitiva y un inmenso gentío que les escoltaba á la plaza del Recreo de la ciudad, donde debía celebrarse una misa de campaña en sufragio de las almas de los que tan heroicamente habían muerto dias antes defendiendo el ingenio «Tranquilidad», y la honra de España é integridad del territorio antillano.

En dicha ceremonia ofició el capellán del batallón de cazadores de Colón, asistiendo la guardia civil, voluntarios, bomberos y demás fuerzas francas de servicio, amenizando el acto las musicas de Colón y de voluntarios.

Terminada la misa, verificóse el desfile de las tropas ante los generales señores Lachambre y Santocildes.

A tan solemne acto asistió, además, un numeroso gentío en el que figuraban bellas damas y preciosas señoritas, que adornaban los altos de la Casa Capitular, donde la galanteria del alcaldo hize que se colocaran asientos, y llenaba los pórticos de la plaza.

Después del desfile, los generales Lachambre y Santocilde; con sus ayudantes, el comandante militar señor Castelleri, el alcalde señor

Otero Pimental, jefes y oficiales del ejército, de voluntarios y de bomberos, y una numerosa y escogida comitiva, llevando á su frente la escuadra del batallón de voluntarios y la música de Colón, á los bélicos sonos de un bonito paso doble, se dirigieron al Hospital militar á visitar y saludar á los heridos de la memorable jornada del 4 de Junio.

Todos los visitantes, y muy especialmente los generales Lachambre y Santocildes, tuvieron para los heridos y enfermos frases de elogio y encomio á su valor y heroico comportamiento, y palabras de consuelo para su lementable estado: frases y palabras que, sin duda, llevarían el alma de los pobres soldados algún lenitivo al angustioso dolor que sentían por verse postrados en la cama de un hospital, lejos de su querida patria y sin tener á su lado para que les asistieran y prodigarán los cariñosos cuidados que su estado requería, á sus amantísimas madres ó hermanas.

*
* * *

Por suscripción popular se recogieron fondos con que se obsequió á los heridos y enfermos.

Los señores Gonzalez, Mera y Tallés, distribuyeron tres pesos á cada uno de los heridos en el ingenio «Tranquilidad», dos á los de otras acciones y uno á los demas enfermos.

La escuadra de gastadores del batallón de voluntarios, con un desprendimiento y generosidad que les honran, obsequió también con otros tres pesos á cada uno de los heridos en la acción del central «Tranquilidad».

Terminado tan noble y caritativo acto, la comitiva presidida por el caballeroso é hidalgo general Santocildes, dirigióse á la morada del señor alcalde, acompañando al héroe y protagonista de la fiesta te

niente don Dionisio Riancho, á su alojamiento, que era la propia casa del señor Otero.

Los catorce soldados del destacamento fueron repartidos entre algunas casas de comercio, que se disputaron la honra de alojar á los héroes del ingenio «Tranquilidad».

Por la tarde, una comisión presidida por la primera autoridad local, pasó al Hospital de Caridad, con el nobilísimo objeto de visitar á los enfermos albergados en el benéfico establecimiento civil y hacer partícipes, también á los desgraciados que gemían en el lecho del dolor, del obsequio que se hiciera á los soldados.

Entre aquellos, había dos heridos insurrectos, que se encontraban allí procedentes de otras acciones de guerra, á los cuales la comisión les hizo entrega de igual socorro con que obsequiara á sus compañeros de infortunio.

¡Hermoso rasgo de nobleza que honra á los que lo llevaron á cabo, y que nos complacemos en consignar y aplaudir!

¡Muy bien por el señor Otero y demás señores de la comisión!

¡Así debe ser, y lo es siempre, el corazón español!

Valiente hasta el heroísmo en la pelea; duro y fuerte en la lucha con sus enemigos.

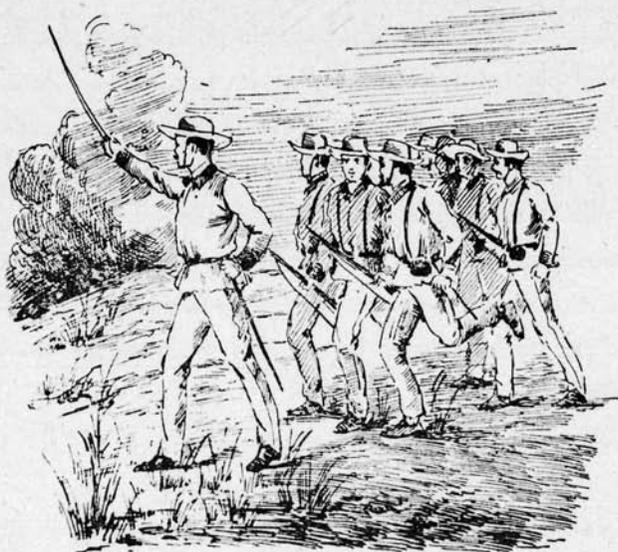
Compasivo, generoso é hidalgo con los vencidos.

Todos los enfermos recibieron el correspondiente socorro de manos del dignísimo alcalde, y todos oyeron de labios del señor Otero y demás comisionados frases de consuelo.

Con el producto de la suscripción, que continuó abierta hasta recolectar la suma necesaria, se hizo luego un giro de veinticinco pesos oro á cada una de las familias del bravo sargento y valientes soldados que murieron en el ataque del ingenio «Tranquilidad».

¡Nobilísimo acto que fué unánimamente aplaudido, ya que noble y generoso es demostrar de algún modo á las infelices madres que llora

bar desconsoladas el prematuro fin y noble sacrificios de sus queridos hijos, que la madre patria no las olvida y sabe premiar su abnegación con el agradecimiento y el recuerdo!



...acudieron al lugar del siniestro así que advirtieron el incendio. (Pág. 498)

¡Triste, pero al fin, consolador tributo rendido en nombre de la patria de sus heroicos defensores!



A las siete de la tarde, la escuadra de gastadores del batallón de voluntarios y la música de Colón, anunciaron con sus acordes haber llegado la hora de la continuación del programa de la fiesta.

Al efecto, se dirigieron á la morada del señor alcalde, acompañan

do á las comisiones, en busca de los valientes soldados y heróicos defensores del ingenio «Tranquilidad», reunidos ya con su bizarro jefe y vistiendo todos traje nuevo, incluso el sombrero y calzado, y que esperaban correctamente formados en el patio de la casa.

Incorporados á la comitiva, pasaron á la morada del general Lachambre para impetrar su vénia, y continuaron luego su marcha en dirección al casino.

En el salón principal del Círculo Español, se había colocado una mesa para veinticinco cubiertos, elegantemente adornada, donde tomaron asiento entre los distinguidos comensales, los héroes del central «Tranquilidad».

Durante la comida reinó entre obsequiantes y obsequiados la mayor cordialidad.

Llegada la hora de los brindis, los señores Otero, Lachambre y Santocildes, Jimenez, Camino y otros, pronunciaron sentidas y elocuentes frases laudatorias para el bizarro teniente señor Riancho y sus soldados, brindando todos por la paz, por España, por Cuba, por el Rey, por el general en jefe, por el ejército español y los voluntarios; brindis que fueron acogidos por la concurrencia con atronadores aplausos y contestados con entusiastas vivas.

El teniente señor Riancho, con fácil palabra, pero profundamente emocionado, dió las gracias en su nombre y el de sus soldados, al Casino Español y á los iniciadores de la fiesta por sus obsequios y atenciones, de los cuales conservarían todos gratísimo y perdurable recuerdo, brindando al terminar su breve y sentido discurso, por España, por Manzanillo y su primera autoridad popular, por el Casino Español, por el Rey, por los generales Lachambre y Santocildes, por el ejército y por los voluntarios.

Una salva nutrida de aplausos coronó el elocuente discurso del bizarro oficial.

Uno de los soldados,—español sin duda, de pura raza—con la mayor oportunidad y galantería, obsequió con una flor que arrancó de uno de los ramilletes que adornaban la mesa, á una de las bellísimas hijas del alcalde señor Otero.

La galantería fué muy celebrada por todos los concurrentes.

El banquete fué costeadado por el Casino, y los obsequios á los heridos y ropa á los catorce soldados, por suscripción popular.

La fiesta estuvo brillantísima, reinando en todo ella el mayor orden y la mayor corrección, la mayor alegría y el mayor entusiasmo.

Por ello merecen sus iniciadores bien de la patria y nuestro más sincero y entusiasta aplauso.

